

	<p>VIERNES SANTO</p> <p>COMULGAR CON EL CRUCIFICADO</p> <p>Por José Enrique Ruiz de Galarreta, sj</p>
---	--

El Viernes Santo no hay celebración de la Eucaristía, por una antigua tradición de la Iglesia, más o menos explicable. En su lugar se celebra una "Acción Litúrgica" que tiene cuatro partes:

- la lectura de la Palabra
- la oración
- la adoración de Cristo Crucificado
- la comunión

PRIMERA PARTE: LAS LECTURAS

El centro de la celebración es Jesús crucificado. Se subraya el aspecto de la humillación de Jesús, el sometimiento a la cruz del hombre, por amor, para salvar. Esto se presenta en tres lecturas realmente expresivas.

TEXTOS

DEL PROFETA ISAÍAS (52,13-53,12)

He aquí que prosperará mi Siervo, será enaltecido, levantado y ensalzado sobremanera. Así como se asombraron de él muchos - pues tan desfigurado tenía el aspecto que no parecía hombre, ni su apariencia era humana - otro tanto se admirarán muchas naciones; ante él cerrarán los reyes la boca, pues lo que nunca se les contó verán, y lo que nunca oyeron reconocerán.

¿Quién dio crédito a nuestra noticia? Y el brazo de Yahveh ¿a quién se le reveló? Creció como un retoño delante de él, como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta. ¡Y con todo eran nuestras dolencias las que él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado.

El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. El soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados. Todos nosotros como ovejas erramos, cada uno marchó por su camino, y Yahveh descargó sobre él la culpa de todos nosotros.

Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahveh se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le dará su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los rebeldes.

DE LA CARTA A LOS HEBREOS (4,14-5,10)

Teniendo, pues, tal Sumo Sacerdote que penetró los cielos - Jesús, el Hijo de Dios - mantengamos firmes la fe que profesamos. Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para una ayuda oportuna....

El cual,... aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen, proclamado por Dios Sumo Sacerdote a semejanza de Melquisedec.

LECTURA DE LA PASIÓN SEGÚN JUAN (18,1 – 19,42)

TEMAS Y CONTEXTOS

EL TEXTO DE ISAÍAS

Al final del llamado Libro de Isaías aparece en cuatro textos una figura un tanto enigmática, que se ha llamado “El Siervo de Yahvé”. Es la viva contraposición del Mesías Davídico triunfante. Frente a la figura de la presencia poderosa de Dios que viene desde el poder, la figura del “siervo sufriente”, el que carga con las culpas de otros. Es la teología de la cruz, en toda su crudeza.

En el texto de hoy, se trata del cuarto “cántico del Siervo”. En él se expresa, con tremenda claridad, la teología de la cruz, en su primer estadio, profético. Resulta impresionante comprobar con qué sorprendente exactitud se puede aplicar a Jesús este texto escrito siglos antes. Con razón la Iglesia lo entendido como “profético”, como un anuncio inspirado de lo que se realizaría en Jesús.

Pero es más significativa aún la inversión que el texto supone: la destrucción de todo mesianismo triunfal: el anuncio de que Jesús no es el Rey que viene con poder, sino el

que quita el pecado del mundo por su cruz y su resurrección. No se trata de la presencia mesiánica triunfadora sino de la entrega incondicional, a través del sufrimiento incluso hasta dar la vida.

LA CARTA A LOS HEBREOS

Esta lectura nos es conocida en parte por el domingo quinto de cuaresma. La carta a los Hebreos compara a Jesús con el Sumo Sacerdote del templo de Jerusalén que, siendo hombre pecador como los demás, ofrece sacrificios por el pueblo. Así Jesús, uno de nosotros, asume la vida y muerte del hombre en sacrificio agradable a Dios. El texto tiene un contenido muy semejante a la lectura de Pablo a los Filipenses que leímos el domingo de Ramos.

Es muy posible que toda esta simbología tan propia del Antiguo Testamento, nos resulte lejana. Pero era muy significativa para aquellas comunidades que estaban aún tan cerca de la Antigua Alianza, para las que los sacrificios del Templo tenían aún tanto valor. Entender a Jesús desde los parámetros de los sacrificios del Templo era fácil y expresivo para ellos, no lo es tanto para nosotros. Leemos el texto por tanto con un sentido de comunión con aquellos seguidores de Jesús, tan lejanos a nosotros por su cultura y sus símbolos, y tan cercanos por la misma fe.

Sin embargo, todo este conjunto de expresiones simbólicas, tomadas del Templo y sus sacrificios, nos dicen muy poco, incluso nos llevan a una concepción sacerdotal-sacrificial que está lejos de la esencia del mensaje. Sería conveniente sustituir este texto por alguno de los muchos que pueden dar sentido más hondo a la lectura de la Pasión: proponemos el siguiente:

DE LOS HECHOS DE APÓSTOLES (2,14-36)

Entonces Pedro, presentándose con los Once, levantó su voz y les dijo: «Judíos y habitantes todos de Jerusalén, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio entre vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste vosotros le matasteis clavándole en la cruz por mano de los impíos; a éste, pues, Dios le resucitó librándole de los dolores del Hades, pues no era posible que quedase bajo su dominio; A este Jesús Dios le resucitó; de lo cual todos nosotros somos testigos. Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado. »

Se trata de dar sentido a la lectura de la Pasión: no es importante fijarnos en la muerte cruenta ni basar nuestra contemplación simplemente en la compasión. La lectura de la Pasión es un desafío a la fe: lo fue para los discípulos y lo es para nosotros. Es por eso importante hacer desde el principio un acto de fe en el crucificado, como la que propone Pedro. Se trata de la primera manifestación pública de fe de la comunidad de los que siguen al crucificado.

LA LECTURA DE LA PASIÓN

Las lecturas culminan con la Pasión. Es el relato de Juan, en el que la figura de Jesús aparece majestuosa, dueño de sí mismo. Ni siquiera se hace alusión al "abandono" de Jesús. (Juan es el único evangelista que tampoco habla de la angustia de Getsemaní ni del abandono en la cruz). Es una pasión triunfal, en que Jesús asume la cumbre de su vida como una ofrenda libre y consciente. Ya conocemos detenidamente la Pasión. Ahora se trata de "proclamarla". Hacemos una lectura como creyentes. Debemos "disfrutar" de la lectura, como modo de contemplación: contemplemos el amor de Dios hecho visible en Jesucristo.

Debemos "disfrutar" de la lectura, como modo de contemplación: contemplemos el amor de Dios hecho visible en Jesucristo.

REFLEXIÓN

Cada año se nos ofrece la oportunidad de vivir el desafío de la cruz. Jesús muere en la cruz rechazado por los jefes del pueblo, ejecutado por orden del procurador romano, como un sedicioso, sin muerte de profeta, con todos los signos externos tradicionales del rechazado de los hombres y del mismo Dios. Para sus enemigos, ésta fue la suprema confirmación de que no era el Mesías verdadero, sino un impostor. Para sus propios discípulos, supuso la gran crisis de su fe. La expresa muy bien el relato de los dos de Emaús: "nosotros esperábamos que él iba a ser el libertador de Israel, pero ya van dos días que murió..."

Y es así, en efecto, con la muerte de Jesús en la cruz muere todo mesianismo davídico triunfante. Tenían razón los sacerdotes: no era éste el que esperábamos. Pero no tenían razón, pues éste era el que debían esperar. Por esta razón tantos textos de la resurrección insisten en que Jesús les hace entender las Escrituras, les enseña a leerlas, les abre la mente para comprender. Eso es lo que debemos esperar del Viernes Santo: que nos abra la mente para entender y aceptar a Jesús y al Dios de Jesús.

Ante el Jesús de Getsemaní y de la cruz, que clama a su Padre desde un profundo desamparo interior, y es denostado por sus enemigos que le retan a que baje de la cruz, muere definitivamente la imagen de Jesús falso hombre, deidad disfrazada de humanidad, dotada de especiales poderes que utiliza cuando le viene bien. Jesús muere porque ha resultado peligroso para los poderes religiosos que manejan a su vez a los poderes políticos. Los motivos de su muerte son bien humanos: su delito han sido sus curaciones y sus parábolas. Pero los sacerdotes han entendido muy bien, quizá fueron los que mejor entendieron a Jesús: si lo de Jesús triunfa, se acabó su poder, su templo, su status. Jesús se enfrentó a todo eso y fue crucificado porque ellos eran más poderosos. Así, sin más. La humanidad de Jesús resplandece en la Pasión de manera singular.

Pero con esa muerte murieron también para siempre los sacerdotes, los ritos del Templo, la religión/poder, la opresión religiosa del pueblo por sus jefes, la teología

para sabios iniciados, la santidad reservada a los puros, la ley como ocasión de condena, el servicio a Dios bajo temor ... todo eso murió. Los que creyeron en Jesús se libraron de todo eso. También a ellos intentaron matarlos, aunque tuvieron que contentarse con expulsarlos de la Sinagoga. Y para nosotros, los que dos mil años más tarde seguimos a Jesús, todas esas cosas han muerto también.

Jesús muere por los pecados, a causa de los pecados. Lo llevan a la muerte la desdeñosa pureza legal de los fariseos, la dogmática engréida de los escribas, la conveniencia política y económica de los sacerdotes, la razón de estado, el desinterés por la justicia de los gobernantes, la indiferencia del pueblo que aspira sólo a un mecías guerrillero, la cobardía de sus seguidores. Por todos esos pecados muere Jesús. Es decir, por la soberbia, la envidia, la venganza, la comodidad, la cobardía... los mismos pecados que hay en cada uno de nosotros, los que pueden causar nuestra muerte como personas y la de la humanidad como tal. Por eso, una lectura teológica de la muerte de Jesús entiende ante todo que el pecado es más poderoso que el Inocente, que el mal prevalece sobre el bien. Pero no es verdad. En los que siguen a Jesús se muestra que el pecado puede ser vencido, pero desde dentro, desde la conversión, desde el seguimiento. En ellos queda claro que Jesús puede quitar el pecado, que es verdaderamente el Libertador.

Jesús crucificado muestra qué es el triunfo: llegar hasta el final, realizar su labor por encima de todo miedo y conveniencia, entregarse a la gente pese a quien pese, y cueste lo que cueste. Jesús crucificado muestra que es más que un hombre normal: es el hombre lleno del Espíritu, y es el Espíritu el que le hace capaz de ir hasta el final. Jesús pudo evitar su muerte. Simplemente, con no subir a Jerusalén a celebrar la Pascua. Simplemente con no pernoctar aquella noche en Getsemaní. Jesús pudo perderse en los desiertos del este y buscarse la vida en Petra o en la corte de Persia; facultades tenía de sobra para ello. Fue a la muerte porque aceptó dar la vida, anunciar el mensaje en el mismo Templo de Jerusalén. Jesús se entregó libremente, y una vez detenido y atado, ya no pudo escapar. Por eso, los jefes judíos se sintieron confirmados en que no era el Mesías. Por eso, sus discípulos estuvieron a punto de no creer en él. Y por eso, precisamente por eso, porque pudo escaparse y no lo hizo y porque cuando lo ataron ya no pudo escapar, por eso precisamente creemos nosotros en Él, en el Hombre lleno del Espíritu.

En este crucificado descubrimos nosotros cómo es Dios. Por Jesús crucificado conocemos a su Padre, por Jesús crucificado podemos llamar a Dios Padre. Seguimos sintiendo la tentación de exigir al Todopoderoso un milagro en favor de su hijo. Seguimos añorando a los dioses impasibles milagreros. Seguimos deseando que a los santos todo les vaya bien y no tengan por qué sufrir. En resumen, seguimos pensando que la religión es una excepción de la vida, un continuo milagro, una magia aparte de lo cotidiano. Y Jesús crucificado nos muestra a la religión como la fuerza para asumir la vida hasta el final, como entrega al Reino con todas sus consecuencias.

Ante todo esto, ¡que ridícula queda aquella teología que entiende la cruz como el sacrificio sangriento con el cual Jesús paga por nosotros la deuda del pecado para que el Padre nos perdone! Es como si Jesús fuera el bueno, capaz de aplacar con su sangre al Juez hasta entonces implacable. Pero nosotros sabemos que Jesús es así porque está lleno del Espíritu, es decir “porque se parece a su Padre”, porque es el Hijo. En la cruz conocemos al Padre. En la cruz conocemos el amor, y su verdadera naturaleza: más que un sentimiento, una capacidad de entrega hasta la muerte. Y en ese amor de Jesús reconocemos que es el Hijo, en el corazón de Jesús reconocemos el corazón del Padre. Y es por todo esto por lo que en la pasión y muerte de Jesús resplandece no sólo la humanidad sino la divinidad. Nos han malacostumbrado a entender que Dios resplandece en relámpagos luminosos y esplendores rituales. No, Dios resplandece en el corazón de ese hombre, en su impecable veracidad, en su inagotable capacidad de con-padecer, en su valor, en su consecuencia hasta el final. La divinidad no es un añadido que anula a la humanidad, sino la fuerza del Viento de Dios que potencia a la humanidad hasta límites insospechables. Una vez más: **SÓLO DIOS PUEDE SER TAN HUMANO**

PARA NUESTRA ORACIÓN

La crucifixión de Jesús fue y es un suceso histórico. En el mundo entero y en la iglesia, siguen crucificando a ese Hijo de Hombre los pecados. Los pecados que destruyen a los hijos de Dios como quisieron destruir a Jesús. Los pecados de políticos para quienes el pueblo no es más que ocasión de poder; los pecados de sacerdotes, para quienes el servicio de Dios está en la grandeza del Templo; los pecados de escribas, que prefieren la pureza de la Ley a la salvación de las personas; los pecados de doctores, que prefieren su ciencia a la Palabra; los pecados de santos, que utilizan su santidad para creerse justos ante Dios y apartarse del pueblo... Los mismos pecados que mataron a Jesús matan ahora a las personas y matan también nuestra fe en Jesús. El Viernes Santo nos obliga a examinar, con radicalidad, si persisten en nosotros la iglesia los pecados que mataron a Jesús.

SEGUNDA PARTE: LA ORACIÓN

Después de la lectura de la Pasión, hacemos una larga oración, en la que concluimos a todas las personas del mundo. Reunida ante Jesús crucificado, la Iglesia entra en oración, agrupando ante Él todas las necesidades de la humanidad, de los que creen en Jesús y de todos, creyentes y no creyentes.

Es un momento enormemente intenso, puesto que ponemos ante la muerte de Cristo todo el mundo, como acogiéndolos a todos junto a Jesús crucificado, y pidiendo por la salvación de todo el género humano.

TERCERA PARTE: LA ADORACIÓN DE LA CRUZ

La cruz, el patíbulo en que está colgado Cristo muerto, es el escándalo. Que alguien muera ahí es para que todos odiemos la cruz, la aborrezcamos como símbolo vivo de la humillación de Jesús.

Pero desde la fe, la cruz se convierte en la demostración máxima de la entrega de Jesús: Jesús fue consecuente hasta el final, por eso creemos en Él. Más aún, en esa entrega de Jesús conocemos a Dios mismo. Jesús es capaz de ir hasta el final, hasta la misma cruz, por la fuerza del mismo Dios que estaba en Él. Por eso veneramos su cruz, porque en ella hemos podido conocer mejor de qué es capaz el amor de Cristo y el amor de Dios. Por esto, la adoración de la cruz es la superación del máximo obstáculo para nuestra fe.

"Por la cruz a la resurrección" se convierte así en la síntesis profunda de la vida del cristiano. La aceptación de la cruz como elemento de salvación es la aceptación de la vida en servicio, como aceptación de la voluntad de Dios sobre nosotros. Es la aplicación de las lecturas de Filipenses y de Hebreos. Adoramos hasta el patíbulo de Cristo, porque el Espíritu de Dios ha podido dar sentido hasta a esa muerte infamante.

La adoración de la cruz es un signo de respeto y amor por algo tan unido al momento más dramático de la vida de Jesús. Pero tiene más sentido. Es la aceptación de la vida como cruz, la profesión de fe en que la cruz no es final sino camino. En la cruz que adoramos está Jesús muerto; solamente podemos adorarla porque sabemos que Jesús no está muerto, que ahora, mientras le contemplamos muerto, está vivo y sentado a la diestra de Dios.

CUARTA PARTE: LA COMUNIÓN

Hoy no se celebra la Eucaristía. La Iglesia lo ha hecho así como señal de duelo. Hoy no hay "celebración". Es una antigua costumbre, más o menos razonable. Pero los cristianos echaban de menos la comunión, y desde hace algunos años se la incluye en la celebración. Ha sido, sin duda, una concesión a la devoción popular por "comulgar", pero especialmente oportuna y llena de sentido, hoy quizá más que nunca.

La comunión no parece tener mucho sentido desplazada de la celebración de la Eucaristía pero tiene hoy una significación muy especial.

Hoy, Viernes Santo, con el recuerdo vivido y cercano de Jesús entregado hasta la muerte en cruz, comulgar adquiere un significado muy especial: se trata de **comulgar con Él**, en el sentido más profundo de la palabra comulgar; estar de acuerdo, estar con él, aceptarlo, adherirse a Él.

Esta comunión con Jesús subraya, hoy más que nunca, el sentido de compromiso que tiene la fe. Comulgar con Jesús significa aceptar una invitación: Jesús se sentía hijo y vivió como hijo; Jesús entregó su vida para que nos enterásemos de que somos hijos y viviéramos como hijos; Jesús invitó, y sigue invitando a vivir así. Comulgar significa

aceptar: aceptar que soy hijo, aceptar vivir como hijo, aceptar el encargo de anunciar esto, de preocuparse por los hijos.

Siempre es así la comunión, pero hoy parece que este aspecto de adhesión a Jesús queda subrayado de manera muy especial, porque se hace en el momento en que contemplamos lo que le costó a Jesús todo eso.

Aceptar a Dios a pesar de la cruz, del mal de la vida y del mundo.

Aceptar que la cruz de los demás es mi cruz y estar dispuesto a compartirla.

Aceptar que la cruz es sólo camino, pero no final.

Aceptarlo porque creemos en Jesús, el Hijo entregado hasta la muerte.

Como siempre y más que nunca, hoy se trata de que “comulgamos con el crucificado”. Nuestra adhesión a él significa la aceptación de sus criterios y sus valores, los que le llevaron hasta la muerte.

Comulgar hoy significa cambiar de bando: pasar de estar con los crucificadores a estar con los crucificados. Pasar de ser crucificador a ser, quizá, crucificado.

Comulgar es, hoy más que nunca, una opción por Jesús, con todas las consecuencias que pudiera llevar. Una hermosa frase de Pablo lo resume bien: por la cruz de Cristo, el mundo (sus criterios y valores) son para mí como un crucificado, y así, como un crucificado soy yo también para ellos, como lo fue el mismo Jesús.

Tuvo mucha razón el pueblo cristiano cuando reclamó que el Viernes Santo no podía pasar sin **COMULGAR CON EL CRUCIFICADO**.